

CRÍTICA DE LIBROS

NÚÑEZ SEIXAS, Xosé M.

Movimientos nacionalistas en Europa. Siglo XX

Madrid, Editorial Síntesis, 1998

En apenas el 10 por ciento de los Estados-nación contemporáneos, la unidad política territorial se corresponde cabalmente con la distribución territorial de un grupo étnico homogéneo. En el resto, coexisten dentro de un mismo Estado, otras minorías regionales o nacionales en diversos grados y proporciones. A menudo, tal realidad ha sido postergada en el programa investigador de las ciencias humanas y sociales. Los estudiosos de estas disciplinas han encontrado serias dificultades para forjar una teoría explicativa de la identidad étnica y los movimientos nacionalistas, en su referencia territorial a los Estados plurales.

Semejante tarea no es concebible si no va asociada al desarrollo de una teoría general de los sistemas sociales, culturales y psicológicos. A falta de ella, la ruta más cautelosa debe asociarse a la construcción plausible de teorías parciales, sujetas a cuerpos de observación y hechos conocidos, y verificables mediante subsiguientes contrastaciones factuales.

El autor del libro, profesor de historia contemporánea en la Universidad de Santiago, es un estudioso del tema de las nacionalidades. Su acotación al período de la Europa de entreguerras constituyó el ámbito de su tesis doctoral en el Instituto Universitario Europeo, a comienzos de los años noventa. Su empeño investigador, entonces, se concentró en el Congreso de Nacionalidades Europeas (1925-1938). Ahora, fruto de una sistemática labor de recopilación sobre los diversos movimientos nacionalistas europeos, ve la luz pública este volumen, que cubre un hueco notable en el estudio de los nacionalismos «sin Estado» durante el siglo que ahora acaba.

Especialmente encomiable en este libro es su atención por los nacionalismos, también llamados «periféricos» o «minoritarios», de la Europa centro-oriental, aunque la relativa a los de la Europa occidental es comparativamente mayor. Los diversos capítulos se suceden de acuerdo con una pauta cronológica en la que se intercalan transver-

Revista Internacional de Sociología (RIS)

Tercera Época, nº 25, Enero-Abril, 2000, pp. 209-227.

salmente las diferentes etapas en la linealidad histórica de los movimientos nacionalistas. En tiempos recientes, algunos de ellos han visto cumplidas sus aspiraciones de dotar a sus respectivas naciones de instituciones estatales propias. Este ha sido el caso de Eslovaquia, Ucrania o Croacia, por ejemplo. Otros han avanzado considerablemente en sus aspiraciones de mayores cotas de autogobierno, como puede ser el caso de los nacionalismos minoritarios españoles (Cataluña, Galicia, País Vasco) o de otros correspondientes a Estados de composición plural como el Reino Unido (Escocia, Irlanda del Norte) o Italia (Trentino o la denominada Padania).

Aunque el autor se adscribe a un enfoque teórico «modernista» o «constructivista», es asimismo consciente del terreno conceptualmente inestable que implica tratar a la nación como una categoría analítica acotada en el espacio y el tiempo. Las percepciones psicosociales son de extraordinaria importancia en el estudio y conceptualización de la nación como comunidad, imaginada o no. Contribuye a ello que los integrantes de la nación se identifiquen con ella y estén convencidos de su existencia. Pero las dimensiones culturales y de identidad inherentes al sentido de pertenencia a una nación son de difícil evaluación, incluso por parte de los componentes mismos del grupo étnico. Al tratarse de un constructo relacional, no parece posible abstraer y graduar las distintas manifestaciones de la identidad étnica de forma separada a la existencia real de grupos o categorías étnicas o nacionales.

A grandes rasgos, cabe dividir en dos las teorías generales sobre nación y nacionalismo. Aquella «determinista» para la cual las naciones son productos históricos u organismos sociales que han evolucionado a lo largo del tiempo y que disponen de un espíritu (Volkgeist) distintivo y único. De acuerdo con este enfoque conceptual, todas las culturas nacionales están legitimadas, pueden preservarse y deben desarrollarse en el crisol social de la existencia humana. Para los «deterministas», el enfoque vital de los ciudadanos queda íntimamente ligado al bagaje del pasado nacional que le sirve de referente, no sólo en su comprensión del pasado, sino como basamento epistemológico y actitudinal hacia el futuro.

Por su parte, la aproximación teórica «funcional» sostiene que el fenómeno del nacionalismo está ligado al desarrollo industrial y a los requerimientos económicos, sociales y políticos de los procesos de modernización. Los modernistas, propiamente dichos, sostienen que las naciones y el nacionalismo son productos de los desarrollos modernos asociados al capitalismo, la burocracia y el utilitarismo secular. De acuerdo con esta perspectiva, tanto naciones como nacionalismo, constituyen un fenómeno contingente, sin raíces en una pretendida historia inmutable o en la propia naturaleza humana. Su aparición se sitúa, aproximadamente, hacia la segunda mitad del siglo XVIII. Cualquier otra entidad territorial que se les asemeje, tanto en la Antigüedad como en la Edad Media, debe ser considerada con cautela.

Ambas visiones conceptuales del nacionalismo y la nación se han ignorado frecuentemente. Las divisiones académicas en ambos bandos teóricos han servido como pretexto para las prácticas clientelares de promoción académicas, pero en poco han contribuido a formular un entendimiento sincrético del fenómeno analizado. Ello se ha hecho particularmente evidente al tratar del tema del regionalismo en su relación, o contraposición, con el nacionalismo.

El «regionalismo» no es sinónimo de nacionalismo. La identidad regional no implica el mismo grado de compromiso afectivo que la que genera el nacionalismo.

Una región producto de una reestructuración del poder territorial estatal, no suscita el mismo nivel de alianza social y autoadscripción entre sus ciudadanos, que el de una nación. Ello, no obstante, puede variar a resultas de los procesos de socialización subsiguientes. Cuando los sentimientos regionalistas se sostienen en una convicción étnica propia, su categorización diferencial con respecto a los lazos afectivos nacionalistas se convierte en una tarea compleja para el científico so-

cial. Ello se ilustra con la autotransformación de los partidos políticos regionalistas, en nacionalistas. En España, el caso del PAR (Partido Aragonés Regionalista), partido autodefinido como regionalista y posteriormente como nacionalista, es ilustrativo al respecto.

El libro de Núñez Seixas es particularmente útil a la hora de aportar información historiográfica de los más destacados movimientos nacionalistas minoritarios europeos, muchos de los cuales comenzaron a manifestarse como «regionalismos».

Los resultados de la tarea del historiador gallego son, a todas luces, provechosos para el estudio de la dimensión territorial del poder en las sociedades europeas contemporáneas, y para entender mejor cuáles pueden ser los desarrollos futuros de aquellos nacionalismos «sin Estado» que acechan a un Estado-nación europeo, en horas bajas, acuciado coetáneamente por profundos procesos supraestatales de europeización y mundialización económica.

LUIS MORENO

Unidad de Políticas Comparadas
CSIC. Madrid